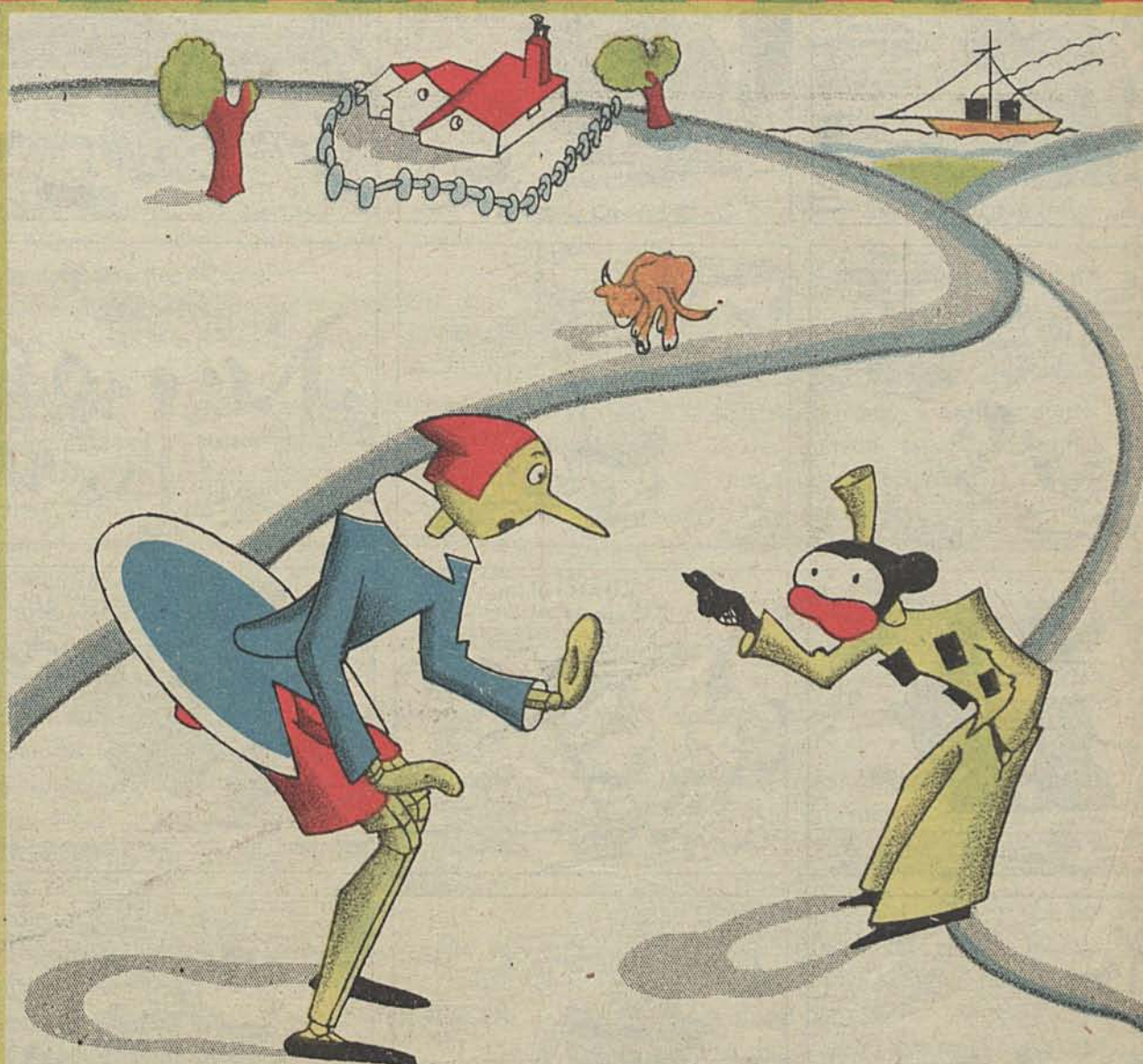


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 332

25 cts

28 JUNIO
1931

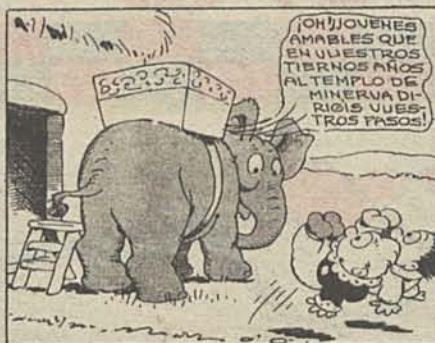


- CURRINCHE! ¿CUANTOS HERMANOS TIENES?
- DOS.
- ¡EMBUSTERO! ¡TU PADRE ME HA DICHO QUE TIENE TRES HIJOS!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tiní y Tón



EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

Por E. Salgar.



(Continuación)

cabellera con un solo corte de su cuchillo.

La misma horrible

suerte tocó después a dos mestizos, que fueron despojados de su pelo por *Nube Roja* y *Caldera Negra*.

En un momento que volvió John la cara vió que Minnehaha corría con su padre, montada en la delantera del caballo.

¿Cómo había escapado del incendio? ¡Misterio! ¿Cómo quedó ilesa del disparo de John? ¡Misterio también!

—¡Espolead! ¡Espolead, amigos! ¡Señor Devandel, atended a vuestra hermana! ¡Yo espero que acabaremos por alejarnos de los indios!

Habían atravesado ya el pinar en toda su longitud, habían superado las últimas terrazas del lago, y galopaban por la extensa pradera, dirigiéndose hacia oriente.

John guiaba siempre la cabalgata, con la rara habilidad que le distinguía.

Sabiendo que solamente hacia el este podía encontrar alguna ayuda por parte del coronel Chivington o de algún otro, seguía recto aquella dirección, aunque temiendo caer de bruces ante alguna banda de *chayennes*, que debía de estar ya desparramada por la llanura bañada por las fuentes del Arkansas.

Desgraciadamente, los *sioux* y los *arrapahoes*, muy hábiles jinetes, no perdían terreno ni daban muestras de tener intenciones de suspender la persecución.

Seguros de exterminar fácilmente a aquel pequeño grupo, y animados de cierta rabia por la pérdida Jalta, que no quería desperdiciar tan

buena ocasión de apoderarse de los hijos del coronel, avanzaban animosos y resueltos, sin dejar de excitar a sus caballos, que verdaderamente parecían dotados de una resistencia extraordinaria.

Muchos iban quedando atrás; pero los más se mantenían en grupo y seguían disparando y lanzando gritos estridentes.

Los negros que formaban la retaguardia caían uno a uno, y sus cabelleras pasaban a poder de los indios.

Los fugitivos iban poco a poco quedando en el camino.

En vano John había ordenado algunas descargas, con la esperanza de contener a sus perseguidores. Muchos indios y caballos caían; pero eran muchos, y quedaban aún en número sobrado para destruir a John y a toda su gente.

Aquella caza desesperada, espantosa, duraba ya dos horas, con una rapidez frenética de una parte y otra y cada vez con más desgracia para los fugitivos, que veían disminuir su número a cada minuto.

Casi todos los servidores de la hacienda se habían quedado ya en el camino. No quedaban en los caballos más que John, los dos cazadores, los hijos del coronel y seis o siete servidores, mestizos los más.

El *indian-agent* comenzaba a alentar algunas esperanzas, cuando prorrumpió en un grito de rabia.

—¡Estamos perdidos!

—¿Qué sucede?—le preguntó Harris, que por montar muy bien a caballo iba cerca de John.

—¡Estamos delante de la pradera fangosa!

—¡Mil demonios!

—¡Me había olvidado de esta maldita sabana! Sin embargo, intentaremos pasarla, pues no hay remedio.

—¿Ahora mismo?

—¡No hay más remedio que lanzarse en ese lodazal! Tal vez encontremos el vado que nos permitió atravesarle antes.

—¿Y no podremos desviarnos algo, John?

—¡Imposible, Harris! Los *arrapahoes* y los *síoux* nos pisan los talones. ¡Hay que tentar la suerte! ¡Amigos, apretad las rodillas, y adelantel! ¡Estamos en manos de Dios!

Dió un espolazo en los flancos del caballo, y saltó el primero en la sabana, tan fangosa y traidora, que podía tragárselos a todos en sus fangosas arenas.

Con viva alegría vió que su caballo, después de caer de rodillas, se alzó ligeramente y siguió corriendo, como si hubiera encontrado bajo sus cascos un terreno sólido, aunque cubierto de un limo verdoso.

Los demás le siguieron dando igual salto; pero, sin duda, el vado no debía de tener anchura suficiente para que todos pasaran, pues los primeros que siguieron a John, o sea Harris y Jorge, quedaron medio sepultados en el fango, sin poder hacer movimiento alguno, e imposibilitando el paso a los que iban detrás.

—¡Espolea, Jorge!—gritó Harris, cuya frente se cubrió de frío sudor.

—¡Es inútil!—le respondió su hermano—. He clavado las dos espuelas en el vientre de este pobre animal, y no puede moverse.

—¡Trata de abrir camino a los hijos del coronel!—gritó con angustia Harris a su hermano.

—¡Imposible!—dijo desesperadamente Jorge.

—¡Condenación y muerte! ¡John! ¡John!

El *indian-agent* estaba ya lejos. Comprendiendo que todo había concluido, aprovechaba su buena suerte, con la vaga esperanza de encontrar alguna columna de voluntarios americanos y volver en socorro de su amigos.

En tanto, la situación de los dos cazadores, de los hijos del coronel y de cuatro o cinco criados, inmovilizados todos en el pantano, era terrible.

Más de cien *pieles rojas*, cuyos caballos resistían aún, guiados por Jalta, *Nube Roja* y los dos *sakems* de los *arrapahoes*, se acercaban a todo correr, dando ensordecedores gritos.

Una voz lanzada por *Mano Izquierda* dominó por un momento aquel estruendo.

—¡Respetad solamente a los rostros pálidos! ¡Jalta lo quiere!

En seguida sonó una descarga, hecha, sin duda, por los mejores tiradores de los dos bandos, porque solamente cayeron a consecuencia de ella los negros y los mulatos servidores de la hacienda, cuyos cadáveres se perdieron bajo el fango, librándose así de ser despojados de la cabellera.

Los cuatro blancos permanecían en las sillas, carabina al brazo.

Harris fué el primero que la rindió.

—¡No hay que excitar la rabia del enemigo! ¡Que mueran dos o tres de ellos, importa poco! Señores, saludémonos como desgraciados compañeros, y deseemos de todo corazón que el *indian-agent* se ponga en salvo.

Se quitó el sombrero, le agitó de derecha a izquierda, y después arrojó su rifle al fango, añadiendo:

—¡Al menos, que no sirva para matarme!

Los *pieles rojas* estaban ya en los bordes de la sabana, y cien rifles apuntaban a los supervivientes, prontos a matarles a la menor señal de Jalta o de *Mano Izquierda*.

Harris se volvió hacia los hijos del coronel, lívidos de terror:

—Señor Devandel, miss—dijo—, estamos presos; pero John galopa libre, y quizás vuelva a tiempo de socorrernos. Estamos vivos: no hay, pues, que desesperar.

El joven Devandel dirigió a su hermana una mirada de desesperación.

—¡Valor, hermana!—la dijo.

—No me falta—respondió ella—. Somos hijos de un valiente, y afrontaremos la muerte sin temor.

—¿Os rendís?—gritó en aquel momento *Mano Izquierda*.

—Con una condición—dijo Harris.

—¿Cuál? ¿Estáis en nuestro poder, perros rostros pálidos, y aun osáis imponer condiciones?

(Continuará en el próximo número).

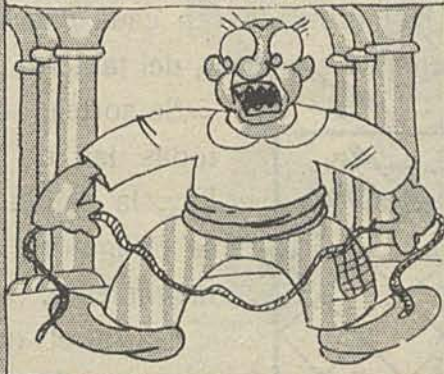


CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



CONTINUACIÓN

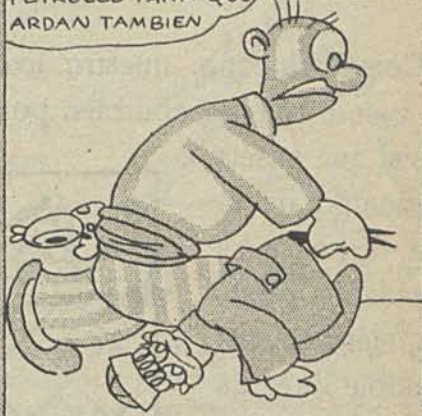
CUANDO CUCALÓN SE DIÓ CUENTA DE AQUELLA DESAPARICIÓN DE CHUFITA Y PERICUELO ESTUVO EN MEDIO TRIS QUE NO SE VOLVIÓ LOCO DE REMATE.



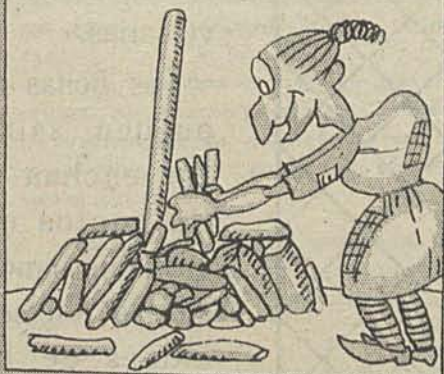
Y MÁS AÚN CUANDO LOS VIÓ APARECER Y HACERLE BURLA EN SU PROPIAS NARICES.



LOS COGIÓ A LOS DOS Y SE LOS LLEVÓ ARRASTRAS. AHORA OS QUEMARÉ VIVITOS Y COLEANDO - RUGIÓ CUCALÓN - Y ROCIARÉ LAS CENIZAS CON PETROLEO PARA QUE ARDAN TAMBIÉN.



Y ENTRE TANTO, LA MALVADA BRUJA ESTROPAJO IBA PREPARANDO UNA GRAN PIRA DE LEÑA PARA ACHICHARRAR A LOS DOS INFELICES PERSONAJES.



YA LOS TENÍIS AQUÍ A LOS DOS FUERTEMENTE ATADOS A LA PIRA DE LEÑA. SOLO TARDARÁN EN MORIR LO QUE TARDE CUCALÓN EN ENCENDER LA HOGUERA.



PERO ¿SE PUEDE SABER POR QUÉ CHUFITA Y PERICUELO PONEN ESAS CARAS TAN SONRIENTES? ¿NO ESTÁN A DOS DEDOS DE LA MUERTE?



NI A DOS DEDOS SIQUIERA, PORQUE YA VIENEN CUCALÓN Y LA BRUJA CON LAS LLAMAS QUE VAN A PRENDER FUEGO A LA PIRA.



Y YA COMIENZA EL FUEGO A CONSUMIR LA LEÑA.



Y UNA NUBE DE HUMO NEGRO Y DENSO LOS ENVOLVIÓ. ¿SE QUEMARÁN? EN EL SIGUIENTE CAPÍTULO HABRÁ SORPRESAS.



CONTINUARÁ



EL SALTO DE LA LANGOSTA

(JUEGO)

Como Pinocho, nuestro excelso paladín, no quiere que os aburráis; por el contrario, desea que paséis el tiempo de la manera más agradable posible, siempre está dándole vueltas a la imaginación para encontrar ideas que os puedan servir de solaz y esparcimiento.

Y hay veces que se le levanta un dolor de cabeza que le llega el dolor hasta la punta de la nariz.

Producto de una de estas calenturas es el juego que hoy saca a la vergüenza pública.

El juego del Salto de la Langosta.

Cada jugador dispondrá de cuatro fichas o saltamontes que se colocan en las cuatro

estrellas que hay dibujadas en cada uno de los bordes, superior e inferior, del tablero.

Se sortea, con todas las de la Ley, la salida y es obligatorio el movimiento.

Gana el que antes coloque las cuatro fichas suyas en las cuatro estrellas adversarias.

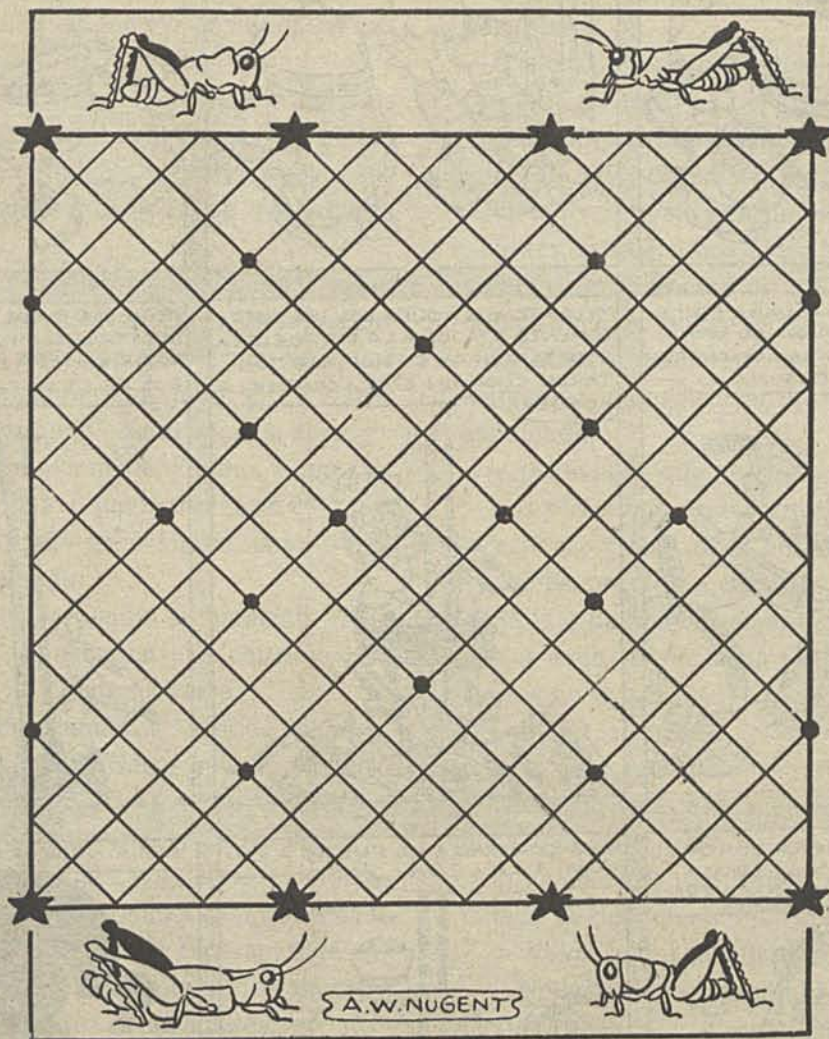
Las fichas no pueden saltar por encima de los puntos negros que figuran en las intersecciones de las líneas.

Los movimientos, naturalmente, se hacen por riguroso turno.

¡A dar saltos, pues, infatigables pinochistas, que la vida es efímera, y hay que aprovechar el tiempo...!

Ya lo dijo el poeta en los famosos versos:

Ambo, ato
matarile rile rile.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



EL MISTERIO DE LOS SIGNOS ENTRE LOS PIELES ROJAS



Los hombres que viven en pleno aire están acostumbrados a leer en la propia Naturaleza. Una piedra, una rama de árbol, un montón de hierba puede constituir para ellos un signo del que se sirven para leer.

Los indios pieles rojas de algunas tribus de California, Cacophas, Pimas y Yumas se sirven de esta clase de signos como en los tiempos prehistóricos.

Si en medio de una ruta os encontráis con un círculo de piedras y en su centro una mayor, terminada en punta y señalando, como una saeta de reloj a un lugar determinado, quiere decir que en aquella dirección y cerca encontraréis un manantial de agua.

En el Arizona, donde la cuestión del agua es de una importancia extraordinaria, pues a veces en grandes extensiones de terreno no se halla una gota, os expondríais a pasar a unos metros de un manantial sin verlo a no ser por estas señales convenidas.

Algunas veces, sin embargo, estos círculos no significan proximidad de agua. Es preciso saber descifrar las indicaciones indias para comprender lo que significan.

En las llanuras de Alaska un cazador encontró un día un semicírculo formado por dieciséis cráneos de bisontes. En el centro de este semicírculo se encontraba un cráneo en cuyo frontal estaban pintadas treinta y seis rayas rojas, y al lado de este cráneo cuatro palos plantados en tierra y coronados con cabelleras humanas.

El guía indio que acompañaba al cazador le explicó lo que aquello quería decir. Y era lo siguiente: dieciséis indios saltadores habían asaltado un campamento y se habían llevado cuatro de sus tiendas después de asesinar a cuatro de sus moradores. La dirección del cráneo que estaba en el centro del semicírculo señalaba por donde habían huido los bandidos.

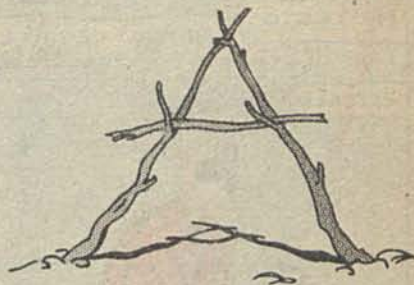


Los indios utilizan los signos para mútua ayuda a través de las regiones desérticas, para indicar una dirección, una salida, una intención, una reclamación, una llamada, un aviso.

Un puñado de

hierba colocado sobre un palo inclinado en un sentido determinado quiere decir que por allí ha pasado otro caminante y que podéis seguir por la misma ruta sin peligro alguno de perderse.

Un palo con otro largo cruzado indica que el camino a seguir es largo. Si debajo aparecen otros cortitos indicarán el número de días que quedan para llegar a poblado.



Una piedra plana colgada de un árbol y en la que se haya pintado un muñeco con un rectángulo negro sobre el estómago indica que cerca de allí hay una familia o un ser que padece hambre. Si no tiene el rectángulo es que se halla enfermo.

Tres ramas cruzadas en forma de A significa que en lugar próximo hay un cazador que ofrece jabalíes a cambio de municiones.

Cuan un indio descubre la pista de un oso y pide ayuda, coloca sobre una rama en forma de horquilla un gran manojo de hierba a la que se procura dar la forma de un oso que deberá estar orientado hacia el lugar donde el oso de verdad ha caminado.

Cuando un indio abandona el lugar donde comúnmente habita deja en el suelo clavadas tantas horquillas de madera como días tardará en volver. Una larga rama colocada sobre estas horquillas señala la dirección del viaje.

Una terrible señal es la que emplean los indios Mandaus contra los que por motivos gravísimos (asesinato, robo, incendio, etc.) han de ser juzgados por los ejecutores de la justicia. Si al salir de su tienda una mañana encuentra clavado en el centro de su puerta un palo pintado de rojo no le queda otro recurso que quitarse él mismo la vida, porque si no lo pasará peor.

Un puñado de piedras amontonadas en medio de un camino indica que a partir de allí la ruta es peligrosa.

Piedras pintadas de negro son signo de duelo.

Pintadas de azul anuncian fiesta y regocijo.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



HOY VAMOS A ECHAR LA TARDE A PERROS, MORENO

PROTESTO

QUIERO DECIRTE QUE VAMOS A COMPRAR UN PERRO

ELE, ELE



TE ADVIERTO QUE ESTOY DISPUESTO A GASTARME DOS PESETAZAS

ESO ES DERROCHAR. YO POR DIECITO LE DOY A USTED UN PERRO CHICO Y AÚN ME QUEDA A MI OTRO PARRA PILONGAS



¡HAY QUE VER EL PEDAZO DE PERRO QUE NOS HAN DADO POR SIETE REALES! ¡VAYA GANGA QUE HEMOS HECHO!

YO CREO QUE SE HAN EQUIVOCADO EN LA MEDIDA

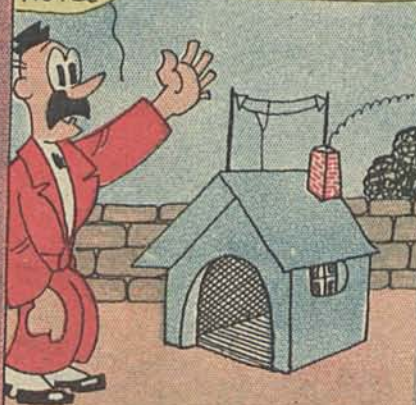


HAY QUE CONSTRUIR URGENTEMENTE UN HOTELITO PARA EL PERRO. SI NO TUVIERA CASA LO TOMARÍAN POR UN VAGABUNDO

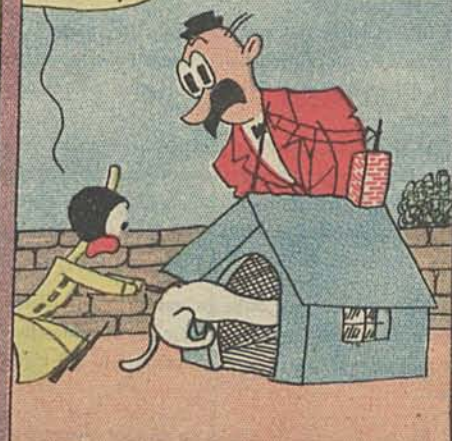
Y ESO SERÍA UNA CALUMNIA



¡CURRINCHEE!! DILE AL PERRO QUE TENGA LA BONDAD DE VENIR A TOMAR POSESIÓN DE SU ESPLÉNDIDO HOTEL



¡ATIZA! ¡NO CABE MÁS QUE MEDIO PERRO!



ESTO ES HORRIBLE, MORENO. NOS HEMOS GASTADO TODO EL CAPITAL EN LA CASA DEL PERRO Y AHORA RESULTA QUE NO CABE. YO ESTOY QUE MUERDO

TENGO UNA IDEA!



YA TIENE USTED AL PERRO EN SU HOTEL PERÓ ¿ESTÁ ENTERO?



¡AHÍ LO TIENE USTED, COMPLETAMENTE ENTERITO!



CHACOLÍN **Y SUS COMPINCHES**

CON ESTA CUERDA VOY A CONSTRUIR UN COLUMPIO QUE YA A SER COSA SERÍA

A MÍ ME ENAJENAN LOS COLUMPIOS



¡AJAJA! ¡YA ESTÁ TERMINADO



VOY A SUBIRME YO PRIMERO PARA PROBAR SU RESISTENCIA



EMPUJADME FUERTE MUY FUERTE ESTO ES DELICIOSO



MÁS FUERTE HOMBRE

ES QUE LLEVA USTED CERCA DE DOS HORAS EN EL COLUMPIO



¡JE, JE!



EMPUJADME MÁS, QUIERO SUBIR MUY ALTO



CUENTOS DE CALLEJA

EL PASTOR DE LOS DIABLOS

Castillo



Un joven mahometano de buena familia, pero un tanto calavera, se empeñó en aprender una porción de profesiones, que abandonaba apenas comenzado el aprendizaje.

Estudio para magistrado, y al primer año lo dejó, diciendo para sí:

—La verdad es que me da mucha lástima sentenciar a nadie. Estudiaré Medicina; eso sí que es bonito.

Pero apenas comenzó el segundo año abandonó los estudios diciendo:

—Eso de estar entre muertos y enfermos no se ha hecho para el hijo de mi madre. Mejor es ser boticario. Pero, no, de ninguna manera, yo no resisto el olor de las drogas; prefiero ser veterinario, aunque bien mirado, eso de oler a cuadra no me entusiasma.

Y así, pareciéndole mal todas las profesiones, optó por tener ninguna, gastándose alegremente la fortuna que sus padres le dejaron.

Por entonces le dió la manía de ser músico, y contratando una orquesta original compuesta de dos clarinetes, un tambor y unos platillos, fué a dar un murgazo al primer ministro del Sultán.

—Señor—decía—: he compuesto en vuestro honor una sinfonía de cuarenta y dos bemoles.

—Muchos bemoles me parecen—dijo el personaje—para una sola sinfonía; pero, en fin, la oiremos.

Pasaron los músicos a un salón de palacio y comenzaron una estridente algarabía, capaz de poner los pelos de punta al propio y acreditado Francisco Esteban.

Enfadóse el rico, y después de llevarse las manos a los oídos para no quedarse sordo, dió un puntapié formidable al director de orquesta, que le hizo dar con el clarinete el do de pecho.

Convencióse de que por aquel camino no ganaría nunca para vivir, y llegó su miseria a tanto, que un día se marchó a un monte, y encontrando en él una

majada, rogó a los pastores que le admitieran por criado.

Compadecidos de su miseria, le admitieron, y aquella noche se puso el cuerpo de sopas de ajo que no había por donde cogerle; pero sobre todo engulló más de un gazpacho que despedía un olorillo muy apetitoso.

—Bueno venías—dijo el pastor al verle devorar con tal prisa.

—Como que en seis días no he comido más que un pedazo de clarinete y el pellejo de un tambor...

Al día siguiente, muy temprano, salió con el rebaño hacia un prado próximo, y cuando llegó la hora de la siesta recostóse a la sombra de un árbol y quedó profundamente dormido.

Apenas hubo cerrado los ojos cuando sintió un rumor extraño, algo así como si temblase la tierra bajo su cuerpo, se despertó y al incorporarse vió, lleno de sorpresa, que los corderos se habían convertido en diablos, el prado en una sala del infierno y el árbol a cuya sombra estaba era el mismísimo Luzbel.

—Carape y qué casta de borregos tan raros estaba yo guardando—se dijo el mozo—, y eso que iban vestidos de lana.

—Caballeros diablos y cachidiablos, diabletes y diablillos—exclamó Luzbel, agitando un cascabel que llevaba colgado de un cuerno—: os he llamado para tratar de un asunto interesante. Ya sabéis que me muero por el aguardiente, y los endiablados taberneros han dado en la treta de mezclarle pez griega y alcohol amílico de ese que empleamos nosotros para las calderas de Pedro Botero. Hay que hacer un castigo ejemplar, porque aunque a nosotros no nos guste nada puro, sino adulterado, es vergonzoso que nos quiten el combustible.

Mientras se resuelve lo que hay que hacer, decidme lo que hayáis discurrido para seguir fastidiando al género humano.

Cada demonio fué diciendo el arma de que se valía





para molestar a la gente: uno mostraba un mazo de pueros cuyo abuso hacía perder la memoria y abreviaba la vida de los fumadores, con la particularidad de que además de malos eran caros.

—¿De dónde traen ese tabaco?—preguntó Luzbel.

—De un paquete de contrabando—gruñó el interrogado.

Otro mostró un frasco de vino que así tenía de zumo de uva como yo de Arcipreste de Indias. Un tercero mostró un baraja con la que perdían todos menos el demonio, pues el oro ganado con aquellos naipes no traía más que vicios y desgracias.

Terminada la exhibición de todos los vicios humanos, avanzó Luzbel hacia sus compinches, pero tropezó en el cuerpo del joven y se dió tan feroz costalada, que se le clavaron los cuernos en el suelo y no podía moverse de tan ridícula posición. En vano pataleaba con todas sus fuerzas y moviendo el rabo mataba violentamente a cientos de moscas.

Por fin uno de los diablos tuvo una idea para sacarle: cogió un mazo de cohetes y atándose al rabo les pegó fuego. El efecto fué instantáneo: Luzbel, arrancado del suelo por la fuerza de los cohetes, subió por el aire, mientras los chorros de encendida pólvora le abrassaban las posaderas.

—¡Brutos, bergantes, canallas!—gritaba desde lo alto—. ¡Vaya un modo de sacarme del suelo! Cuando baje voy a reventar al imbécil que me ha jugado esta mala pasada.

Se apagaron de pronto los cohetes, sonaron cien truenos a un tiempo, y el diablo, con las alas rotas y atontado por el estrépito, cayó con tremenda fuerza contra el suelo, quedando derrengado del porrazo.

Los diablos y diablillos echaron a correr asustados.

El muchacho, al ver al diablo en tan mala postura, le cogió por el rabo, y tirando con todas sus fuerzas,

le arrastró por el prado, rompiéndole los cuernos y colmillos contras las piedras. Al estrépito acudieron los pastores, y al enterarse de que el diablo no se podía mover, se quitaron las hondas de la cintura, y con ellas y los garrotes dieron una soberana paliza al enemigo del hombre.

—Soltadme—decía éste—y os haré poderosos.

—Duro—gritaba el muchacho.

Y menudeaban los garrotazos.

—Soltadme si no queréis que os haga polvo—rugía.

—Más fuerte, amigos—decía el joven.

Y la paliza era cada vez más tremenda.

El diablo se convirtió de pronto en un gran estanque; pero el joven, que sabía algo de magia blanca, convirtió a los pastores en pececillos que morían en el agua.

Desapareció el estanque, y en su lugar apareció un árbol grandísimo; pero los pececillos se convirtieron en pájaros que picaban los frutos con una furia terrible. Perseguido de esta suerte, hubiera parecido el diablo de no haberse convertido en humo tan sutil que desapareció instantáneamente.

Los pastores, vueltos a su forma primitiva, se felicitaban de aquel sobo que habían propinado a Luzbel, cuando el joven mahometano les dijo:

—¿Pero qué se ha hecho de vuestro rebaño?

—Tú lo sabrás—le contestaron.

—Pues era un rebaño tan peligroso, que más vale que lo dejéis perder.

—De ninguna manera—dijeron los pastores.

Y comenzaron a llamar a las ovejas. El joven sacó un pito y silbó en él; inmediatamente vieron venir de todas partes las descarriadas ovejas, pero de tal manera, que conforme se acercaban iban agrandándose, hasta convertirse en elefantes, que amenazaban aplastarlos. El joven trazó unos signos, y los elefantes se convirtieron en ovejas.

—Tomad vuestro ganado—dijo el joven—; yo no lo quiero guardar más tiempo; ese es el rebaño de las malas pasiones que nos acompaña a todos; yo renuncié al mundo y quiero pensar seriamente en lo que me aguarda después de esta vida.

Marchóse, y es fama que encontrando en el desierto a un santo anacoreta, recibió la luz de la religión cristiana, de la que fué un apóstol decidido.

Y hasta se dice que si alguna vez le tentaba el demonio, él contestaba:

—Acuérdate de la felpa que te dí cuando era moro; pues figúrate la que te voy a dar siendo cristiano.

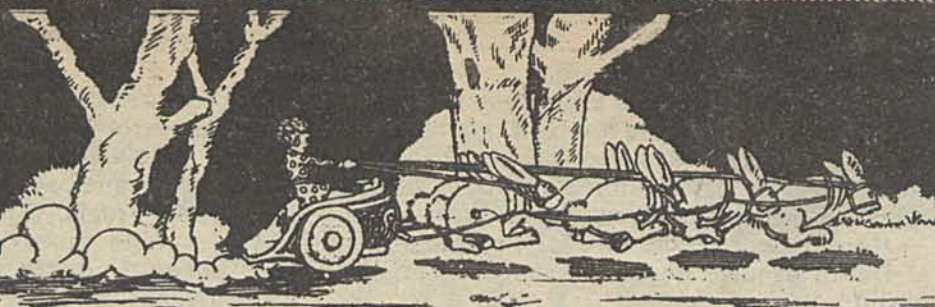
Y Satanás, lleno de terror, le dejaba en paz hacer sus oraciones.

FIN



ANITA

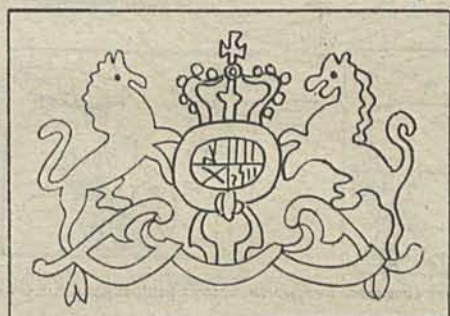
BUEN CORAZON



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un escudo.—Estarislaio Polandi



Casa de campo
E. Lesarri



Un papagayo
Luis Sanz de Andino



Mi tía Antonia
M. Sesma



Un crucero.—R. Ayllón



Virgen del Rosario
C. de la Vega



Una rosa
Soledad Llana



¡Qué guapo soy!
Amparo S. Miguel



Naturaleza muerta
Estér Avezuela



Cerezas.—Estér Salés



Currínche
G. Salvador



Madrid-París
M. Roncal



España
Ramón Varela



Mi amiga
Concha G. Trigo



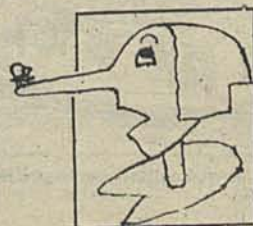
Para ustedes.—Luis Thomé



A París
M. Bolcochea



Un albacetense
José García



Mi mejor amigo
Matilde Morán



Una aldea.—Angel Zudaire



Mi perro «Tiki»
Alberto Rubio



«La Santa María»
Emilia Sevillano



Currínche
Antonio Núñez



Un detective.—J. Muñoz



Pinocho.—Josefina Herandi



4 de infantería.—Santiago Virallé



Mi sobrinito
Pepito Agustín

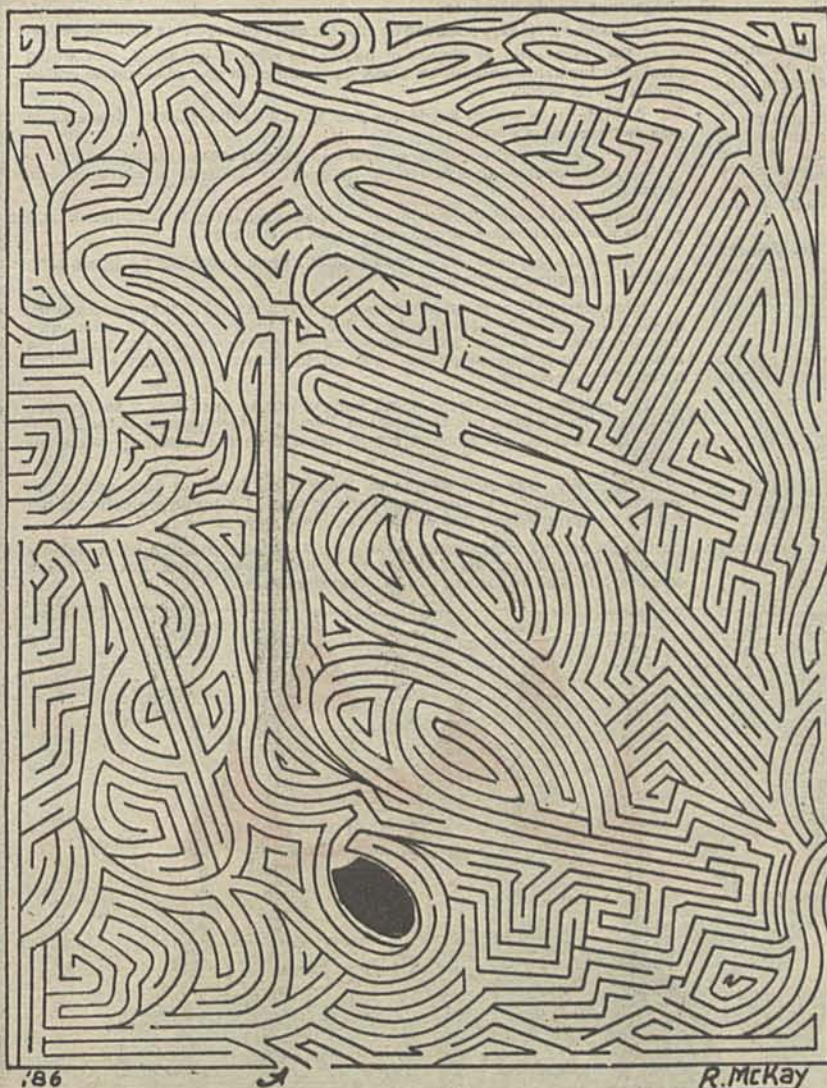


Un puente.—Pedro Rico

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

UN LABERINTO TENEBROSO



En un castillo de Finlandia había oculto un tesoro para llegar al cual era preciso atravesar un verdadero laberinto de pasillos y subterráneos...

Y es fama que ninguno de los que, en busca de la Fortuna, entraban en el castillo volvían a salir...

Por esta causa se había forjado alrededor del castillo una leyenda tenebrosa e inquietante y los naturales del país al pasar junto a sus muros se santiguaban y murmuraban entre dientes las más piadosas oraciones...

Pero, vosotros sois audaces y valientes, pinochistas insignes, y sin miedo a nadie y a nada vais a llegar donde está el tesoro que es donde en el dibujo hay un gran manchón oscuro...

La entrada al laberinto os la indica una flecha.

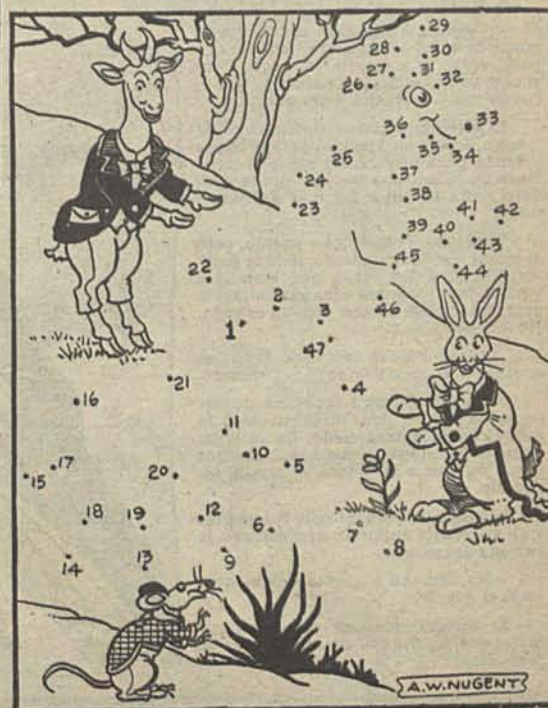
Un brujo llevaba un sacco lleno de números con el que se disponía a atravesar un espeso bosque del Beluchistan.

Pero de repente le salieron al encuentro tres ladrones...

Pero el brujo no se arredró. Volcó el sacco de los números ante los ojos de los ladrones y los números después de dar varios saltos tomaron la forma de un conocido animal.

Para averiguar cuál es éste no tenéis nada más que unir los números con líneas, empezando en el 1 y siguiendo el correspondiente orden.

LOS SALTIMBANQUIS

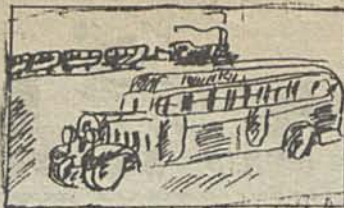




Un bohemio
María Sesma



Niños
Montserrat Hausman



Autobus.—Guillermo Virallé



Pinocho en la escuela
María Cruz Irureta



Un borracho
Antonio Núñez



Una niña
Lola Salido



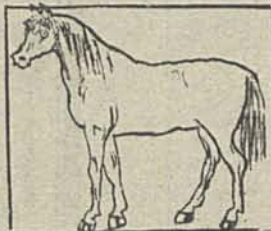
Mi maceta
Estér Salés



Pinocho
Jaime Roig



D. Turulato
R. Andrada



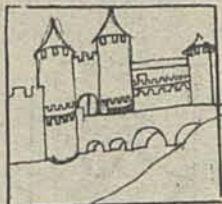
Un caballo.—Dalton Camacho



Pinocho, Pirula y Collilla
Rosa Esteve



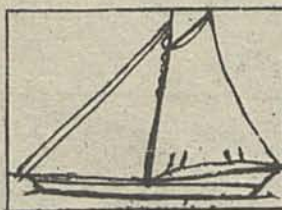
Pipo. —Ildefonso Mela



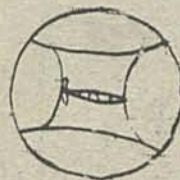
Castillo feudal
M. A. Valentín



Un escarabajo
M. Sevillano



Un balandro. José Manuel Gil



Mi balón
R. Ayllón



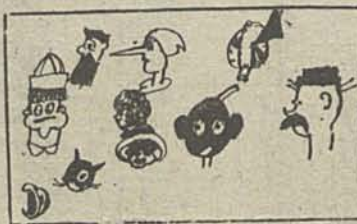
Pompas de jabón
M.ª Mercedes Lázaro



Currinche.—Antonio Núñez



De carnaval
J. Cortés



La familia pinochista
Teresita Antolínez



El buque de París
R. Ayllón



Tiburcio
M. Sesma



Mi caballo
Elvira Salvador



La casa de mi huerto
Purita García



Pericuelo
César Campuzano



La casa de Colorín. Santiago Virallé



En la calle.—M. B.



Una antigua
M. Sesma



Currinche
L. García



Mi hermano
Agustín Beltrán



Chufita y Pericuelo
Luis Levenfeld



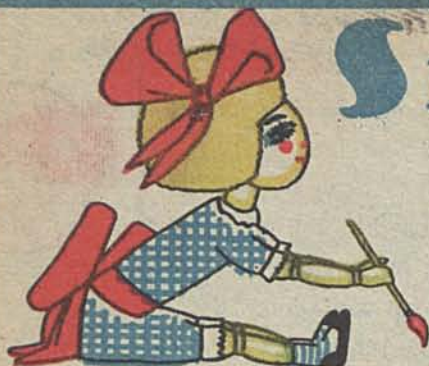
Vasco
Ricardo de Zarate



Tecla
Ricardo Cortés



El vencedor
Pepito M. Fernández



Sección Pirula

CUENTOS DE PIROLA

LA PRINCESITA CORALINA

(FIN)

Todo el mundo estaba encantado en el palacio y en el imperio de S. M. Coralón menos, naturalmente, los pretendientes que la princesa había rechazado.

Uno de ellos el príncipe de los lenguados trabó amistad con una comadre muy chismosa, la señora Angula, que había estado en el pueblo, pescada, y había logrado escapar, pues lo mismo se metía en todas partes que de cualquier parte huía. Por ella, tuvo noticias de la familia del pescador y dijo a éste:

—Me he enterado de que tus ancianos padres lloran por ti día y noche pues te suponen ahogado. No eres buen hijo si los dejas en esta desesperación.

Y tanto le dijo que el joven se puso triste y la princesa lo notó:
—¿Qué te pasa?—le preguntó.

—Me pasa—contestó el pescador—que me acuerdo de mis padres que me lloran por muerto. ¡Cuánto daría por ir a verles, anunciarles mi boda y darles un abrazo!

—¡Ay de mí!—exclamó Coralina—tú quieres abandonarme.

—No, que volveré a tu lado.

Es que si sales de mis dominios, me olvidarás.

—¡Nunca!

Piensa que si te quedas en la tierra envejecerás y morirás como los demás hombres, mientras que aquí vivirás eternamente joven y dichoso.

—No me quedaré en la tierra, te lo prometo.

Después de todo, era bastante justo que el pescador quisiera ver a sus padres y contarles su historia ¿verdad?
Coralina lo comprendió así y se resignó.

—Está bien—dijo—mi buena tortuga te conducirá hasta la tierra, porque si no fueras con ella, perecerías asfixiado al salir del agua lo mismo que les sucede a los peces.

—¿Y para volver—preguntó el joven—no me ahogará como las personas cuando vuelva a sumergirme en el agua?

—No, porque en cuanto llares a la tortuga, ella acudirá y te traerá aquí.

Cuando iban a separarse, le entregó una preciosa cajita formada por una sola perla y con la tapa incrustada de corales.

Y le dijo:

—Toma este talismán; si no le abres mientras estés en la tierra, pase lo que pase, volverás a casarte conmigo. Pero si caes en la tentación de abrirlo, entonces no nos volveremos a ver nunca.

El joven juró que no abriría la cajita mágica. Luego se despidió de la princesa y del emperador y montó sobre el caparazón de la anciana tortuga que le condujo hasta la orilla del mar y desapareció.

El pescador corrió a su pueblo, pero al entrar quedó asombrado: todo le parecía diferente, las calles que eran más anchas, las casas que eran más altas; la gente que vestía de una manera extraña. No reconocía nada.

—¿Cómo habrán cambiado tanto las cosas en tan poco tiempo?—se preguntó.

En seguida, buscó la cabaña de sus ancianos padres, pero no la encontró: la cabaña había desaparecido. En su lugar había un hermoso parque donde muchos niños jugaban a la pelota, al aro, al escondite.

El pescador preguntó por sus padres a un guarda de uniforme que estaba a la entrada del parque.

—No conozco a esos señores—contestó el guarda.

Se dirigió entonces a una buena mujer que pasaba con un carrito lleno de hortalizas;

—Nunca los oí nombrar—contestó la mujer.

Y así fué preguntando a unos y a otros hasta que por fin dió con un viejo, muy viejo que fumaba la pipa sentado en un banco.

Después de pensarlo mucho y de indagar en su memoria, el viejo exclamó:
—¡Ah, sí! ¡Ya sé! No son unos que tenían un hijo pescador que se murió ahogado un día de tormenta?

—¡Justo!—gritó el joven lleno de esperanza—Pronto, déme noticias tuyas.

—De chico—dijo el viejo—oí hablar de ellos a mi abuelo porque su bisabuelo los había tratado, en aquellos tiempos en que esta ciudad era un pueblecito de pesca.

Y el infeliz se enteró así de que sus padres habían muerto desde hacía más de trescientos años.

¡Y él que creía haber estado en el fondo del mar solamente unos días!
—Acaso—pensó—el talismán de la princesa contiene la clave de este enigma.

Dudó mucho antes de abrirlo; recordaba las palabras de Coralina: Si caes en la tentación, entonces no nos volveremos a ver nunca.

Y sin embargo, cayó. Destapó la cajita de perla y corales: un ligero vaho subió por los aires y nada más.

Nada más; pero al mirar sus manos, el joven las vió arrugadas como las de un viejo; se inclinó sobre el agua clara y transparente de un estanque y lanzó un grito de horror: su hermoso rostro estaba surcado por arrugas lo mismo que sus manos; su pelo se había vuelto blanco y escaso; y en su boca no quedaba un diente.

El desdichado reunió las pocas fuerzas que le quedaban y se arrastró hasta la orilla del mar; con voz cascada, llamó a la tortuga pero la tortuga no vino. Entonces el pescador se murió dejando caer al agua, la cajita encantada.

Y la cajita, más dichosa que él, llegó a los dominios submarinos del emperador Coralón, y la princesa al verla comprendió que su prometido había faltado a su juramento y que no volvería nunca más.

Y así Coralina eternamente joven y bella, sigue esperando en su palacio de nácar, haciendo con algas encaje de bolillos o de chochet, que naufrage otro mortal digno de casarse con la princesita del mar.

